

Creación y destrucción

Benjamín Villena R.

Profesor asociado IPE-UNAB e investigador LM2C2 y MIPP



El reciente y merecido Nobel a los economistas Philippe Aghion y Peter Howitt celebra una idea poderosa: el motor del crecimiento es la “destrucción creativa”: un proceso donde la innovación más eficiente desplaza lo obsoleto, generando un progreso que, aunque beneficioso para todos, no está exento de dolor para algunos.

En nuestra experiencia cotidiana, usualmente vemos la quiebra de una empresa o el despido de una persona como fracasos rotundos. Pero en economías dinámicas son síntoma de una reasignación vital de recursos, los que fluyen hacia actividades de mayor valor. Para que este proceso de reasignación funcione bien, el Estado debe ser un catalizador, no un freno.

Un seguro de desempleo adecuado no fomenta la inactividad; permite a los trabajadores buscar con tiempo el puesto donde su talento reditúe más. Del mismo modo, leyes de insolvencia bien diseñadas no premian los tropiezos, sino que animan

al emprendedor a levantarse, reorganizar su capital y volver a intentarlo. El Estado idealmente debe poner trampolines, no meras redes de seguridad.

Este crecimiento sostenible nace de la tensión competitiva: creación y destrucción son las dos caras de una misma moneda. El éxito de una nueva tecnología implica el declive de otra. La contratación de un trabajador

es, a menudo, la prolongación del desempleo de otro. Este proceso de selección de mejores ideas de negocio y perfiles es el motor que impulsa mayor eficiencia, y recuerda la antigua premisa de Heráclito, filósofo griego, para quien la única constante es el

cambio. La economía, como la vida misma, es un río en perpetuo flujo donde nada permanece. Querer solo las luces del éxito sin las sombras del fracaso es un anhelo comprensible, pero que a la larga estanca el progreso colectivo.

Las sociedades que han alcanzado un bienestar material notable son aque-

llas que han sabido navegar esta tensión fundamental de la creación y la destrucción, del éxito y el fracaso. El incentivo de la competencia es fundamental, aunque pueda parecer cruel y frío.

La clave es que, como sociedad, con el Estado como encargado principal, sepamos mitigar los momentáneos fracasos con una sólida protección social que

no solo alivie las caídas, sino que promueva que los emprendedores sigan arriesgando prudentemente, y que los trabajadores tomen desafíos laborales mayores y se capaciten.

Quizás el gran reto de nuestro tiempo es precisamente encontrar el equilibrio virtuoso

entre los incentivos del éxito —fruto del talento, el esfuerzo y también la suerte— y el respaldo de un Estado y una sociedad en general que nos anime a todos a levantarnos tras cada tropiezo. No se trata de elegir entre dinamismo y seguridad, sino de entender que, para prosperar, necesitamos ambos.

“No se trata de elegir entre dinamismo y seguridad, sino de entender que, para prosperar, necesitamos ambos”.